

posteridad habría acusado a Alvarado de crédulo y poco previsor.

Lo cierto es que cuando Cortés regresa, después de una rápida victoria sobre Narváez, engrosado su ejército con las gentes de éste, la sublevación india está a punto de estallar, como, en efecto, sucede el 30 de junio de 1520. Cortés, en vista de los acontecimientos, que han sido captados por las informaciones de doña Marina, decide evacuar el *teopan* —casa donde habían sido hospedados los españoles— por la noche, pero los indios los descubren y persiguen. Es aquella noche la «noche triste». Los españoles caen a racimos, los indios cortan los puentes que salvan los canales y muchos castellanos mueren ahogados, impedidos por el peso de los tesoros que quieren llevarse consigo. Es entonces cuando el heroísmo de Pedro de Alvarado, que ha sido herido, se muestra en toda su grandeza. Con un grupo va cubriendo la retirada, acercándose a las calzadas de salida. En un momento dramático queda solo frente a un canal cuyo puente ha sido roto: ¿qué va a hacer en esta circunstancia? Es un hombre atlético, fuerte, pero va herido y cubierto de hierro. Pese a ello, toma impulso y da el salto más prodigioso de la historia de la conquista, el famoso «salto de Alvarado», que ha sido comprobado históricamente por la declaración de gran número de testigos.

Luego volverán los castellanos —como sabemos— y conquistarán la ciudad, tras la batalla de Otumba. Asegurado el dominio español, Cortés encarga a Alvarado la pacificación de otros territorios, como Michoacán, la Mixteca y Soconusco. Alvarado parte con una pequeña tropa castellana y un ejército auxiliar tlascalteca, con lo que inicia la dominación española en Centro América, fun-

dando la ciudad de Santiago de los Caballeros, en Guatemala.

Alvarado hace un corto viaje a España para declarar en la información abierta a Hernán Cortés, y se reintegra a Guatemala, donde en 1534 prepara, por concesión de Carlos V, una expedición a las islas de la especiería. Es en este año cuando llegan a Guatemala las noticias de las fabulosas riquezas del Dorado peruano... Y la expedición de la especiería se desvía hacia el Perú, desembarcando Alvarado en la actual costa del Ecuador. Espinosa aventura la jornada peruana de Alvarado. Se ha introducido en las tierras de otra gobernación —la de Pizarro— sin tener una idea muy clara de sus derechos. Pizarro se alarma muy justamente y envía contra él a Diego de Almagro. ¿Van a chocar en guerra abierta Alvarado y Almagro? La discreción de los dos capitanes convierte la aventura en paz. Alvarado recibe 100.000 pesos como indemnización por los gastos y deja a sus hombres en libertad de quedarse en el Perú, si así lo desean, volviéndose él a Guatemala. Lo pasaron tan mal en aquella jornada, entre nieves y ventiscas, atravesando los Andes (antes de encontrarse con las gentes de Almagro), que fué entonces cuando nació el dicho de «salir de Guatemala para entrar en Guatepeor...»

La inquietud de Alvarado no cesa. Vuelto a Centro América, se dedica a labores coloniales, pero cuando sabe que los indios se han sublevado al Norte, parte en pos de su última aventura. Allí, en Nochistlán, ascendiendo a caballo un cerro, la cabalgadura es herida y al caer aplasta a Pedro de Alvarado. No muere en el acto el gran conquistador, que aún vive cuatro días con todos los miembros rotos. Cuando sus camaradas